

35 BRIGADA

Octubre

AÑO 1.

NUM. 3



TIERRA DE
SUMISION

¡La compañera
de un «rojo»!



PORTADA

TIERRA DE SUMISION

LA COMPAÑERA DE UN "ROJO"

Desconsolador resultó estos últimos años para nuestra generación tener que gastar las horas en remover el fango de la historia española para dejar limpio el camino de su gloriosa tradición liberal; desconsolador es también, para los que ansiamos una transformación de nuestra Patria, que sea una guerra cruenta la última fase que hemos tenido que aceptar para eliminar y substituir de nuestra higiene políticosocial sus viejas y contaminadas canalizaciones.

Desconsolador fué vivir aquel ambiente de tibieza y medrosidad en que se desenvolvían la mayor parte de las actitudes políticas de nuestro país; desconsolador resultaba ver los hogares sin prn, los niños sin escuelas, las mujeres sin amparo legislativo, los viejos abandonados, los hombres sin trabajo...; desconsuelo producía mirar a los campos yermos, con una sed de siglos, y a los campesinos encorvados y viejos a los treinta y cinco años.

Desconsoladoras resultaban las directrices simplistas que tomaba la vida española, descansando en todas sus funciones sobre los cimientos de la irresponsabilidad, ¡como si nos fuera a pedir cuentas el porvenir a nuestro presente!; desconsolador era el futuro del hogar y de la Patria, y desaliento buscan tantas frascas, al parecer ingenuas, como: "Esto no puede ser", "Así no se puede vivir"...

Todos estos desconsuelos son inocentes, pero encierran una gran traición al presente y al porvenir. "Ellos" hicieron una raza con fibras de desconsuelo, para que viviendo en él y de él estemos dominados, achicados, sin ánimos ni energía; para mermar los impulsos rebeldes, vitales, que se quisieran enfrentar con una realidad despótica; para restar entereza a nuestras decisiones; para que los actos reprobables que cometán, en lugar de poderlos observar y resolver con ánimo sereno y castigo ejemplar, los liquidáramos con una lamentación...

"Ellos" saben muy bien que a un desconsolado no se le puede pedir más que resignación, y a un país afligido, con desaliento, eso era lo que exigían los falsos sacerdotes del Templo y de la política española: ¡resignación! No esperaban "ellos" que con gotas de desconsuelo pudiera germinar la semilla de la entereza, del carácter, de la independencia, de la decisión; pero aquí, en España, en el país de las antinomias, ha surgido espontáneamente el hecho.

Desconfiemos un poco de nosotros mismos cuando el desaliento nos invade porque las cosas no salgan como fueron meditadas; desconfiemos de ese desánimo, que es un arma poderosa tendida por nuestros enemigos sobre el ambiente del país, lentamente, durante muchos años, para tener sobre nosotros una seguridad de dominio.

Yo confieso que, durante unos instantes, al contemplar a la compañera de un "rojo" tuve

la invasión del desconsuelo; pero no temas, mujer; esa vacilación de mi ánimo ha sido tan rápida, tan fugaz, que no tuvo tiempo de formar una imagen de compasión.

Tú que estás en el suelo, atadas fuertemente las muñecas para que no levantes los bra-

gar la dignidad humana, mientras esos pobres perturbados, formando en la procesión de los colaboradores del fascismo universal, halagan paladares e instintos extranjeros.

Sabemos bien vuestro drama. Los evadidos de todas las regiones que vuelven a nosotros cuentan los bárbaros espectáculos y las pruebas denigrantes a que os someten públicamente. Las radios facciosas—por boca de su más genuino representante, ese autómatas inconsciente llamado Queipo del Lano—decían hace pocos días este disparate: "Entregáremos a los alemanes todas las mujeres de los "rojos" para hacer en España una generación de hombres". ¡Desgraciados! La orgía ha escalado la cima de la perversidad... Cuando ajustemos cuentas—aquí, en la Tierra, hoy en las trincheras, mañana en todos los pueblos de la Península—, la Justicia dará a vuestro lamentable proceder una contestación inexorable. La ordena de actos inhumanos que estáis forjando aprieta tanto el cuello de vuestra civilización, que su agonía no tiene ya más que esos gestos inconscientes de moribundo.

Y tú, mujer, que respiras los aires de la deslealtad, que pisas tierra de sumisión, dentro de poco estarás desposeída de tu hermosura y caminarás descalza por las calles entre dos filas de cuervos y reptiles, hechas de señoritos vacíos y de señoritas de confesionario; y yo sé cómo irás: altiva y majestuosa, con los ojos muy abiertos mirando a todas partes y sonriendo desdeñosamente a la gran riqueza de bárbaros instintos que se iba acumulando en nuestra Patria.

Caminarás descalza, sí, entre risotadas e imprecaciones, pero seguirás el camino con serena altivez, irradiando la luz de tu conciencia libre sobre esos escombros morales, como el sol disipa la niebla babosa, y estarás contenta de tu abnegación... ¡Tan sólo un dolor, el fruto del amor que llevas en tu vientre, el hijo del fusilado por ser trabajador... tan sólo ese dolor tendrá en ti resignación!

Pero no desesperes. Nosotros pensamos en él, tanto, que ya tiene abiertas las puertas de su vida: las de la cultura, las de la laboriosidad, las del estímulo. Pensamos en él y en ti sin desconsuelo para no traicionarnos, dando la cara al dramatismo de tus tristes jornadas sin desaliento, valientemente, con firmeza.

La voz de "ellos" acaba de ofenderos, y a la mujer española no se la puede agraviar con vilezas de ese porte sin mentir. Nosotros, los combatientes, los hijos del pueblo español, los que tenemos una madre, una hermana, una hija, una compañera, una novia y... una Patria, os decimos a los invasores con serena entereza que todo eso es de los españoles y no habrá nadie que se lo lleve, porque aquí está el valor de la raza pulsando el fusil contra todas las vilezas de la civilización fascista.

L. F. GUTIÉRREZ.

ESTABA EN EL ALERO

Cuando Franco, en franca huida, atraviese las fronteras

más solo que sus solteras

y más negro que su vida,

dirá, con voz compungida:

—¿Cómo es posible, Señor,

que con moros, italianos,

alemanes, cortesanos,

falangistas, requetés

y algún que otro portugués

haya perdido la guerra?

Si Tú también me ayudabas

—al menos yo lo creía—,

y la técnica era mía,

y las armas abundaban,

y la fama me seguía...

¿cómo es posible, Señor,

en España este final,

si era yo su Salvador...?

—Porque fuiste desleal,

infame, vil y traidor.

zos, pero tienes los puños cerrados; tú, para no ver a esos seres infrahumanos, cierras los ojos abstrayéndote de la vida exterior, abrazándote a tu estimación, recogiendo en ese rincón de tu conciencia inocente que está lleno de recuerdos, defendiéndote en la fortaleza de la libertad, que es donde tiene su ho-

COMPAÑERO: Delatar a un soldado que no piensa ni actúa como buen antifascista, no es una bajeza moral, sino, por el contrario, un deber del hombre libre. Tú defiendes con tu vida la independencia de España, el amor y la paz de todos los pueblos oprimidos del mundo, y el mayor enemigo, el que más eficazmente trabaja para que no lo consigas, es el espía. Denunciarle al capitán o al delegado político de tu compañía es el más elemental de los deberes antifascistas.



Temas Técnico-Militares

Cómo se consigue una buena unidad militar

No es de nadie ignorado que el fascismo, apoyado por el militarismo de nuestra Patria, al provocar la guerra civil española lo hizo con todas las fuerzas armadas que el gran capitalismo tenía a su servicio, y nos forzó a una lucha en condiciones desventajosas para nosotros verdaderamente asombrosas.

Pero las masas obreras, conscientes de su obligación política, como clase, no sufrieron desánimo alguno por aquella causa, sino que aportaron a la lucha su capacidad creadora y salvaron aquella gran dificultad acometiendo la gigantesca obra de creación de un nuevo Ejército que, saliendo del pueblo, sirviera sus intereses y fuera el arma de la victoria.

Hoy este Ejército ya está en marcha, ha cubierto quizá la más difícil de sus etapas, pero no todas. Tiene la moral que da la confianza en la victoria: valor, actividad. Condiciones éstas las más indispensables en todo ejército para poder triunfar. Pero esto, con ser mucho, no lo es todo; necesita una buena técnica de guerra que haga de jefes y soldados hombres capaces de salvar cualquier dificultad que la guerra les depare, por grande que ésta sea. ¿Cómo se consigue esto? Educándonos para la misión que tenemos que cumplir, aportando cada uno nuestros conocimientos en beneficio de la colectividad y procurando por todos los medios elevar nuestra capacidad técnica, enseñando al mismo tiempo a los demás.

Para esto ningún vehículo mejor que nuestro periódico de Brigada, en el cual todos tenemos la misión de ir vertiendo nuestras emociones y conocimientos en beneficio de todos. Por esto yo quiero emprender desde este número la tarea de divulgación de los pocos conocimientos que mi experiencia de más de un año de lucha me haya enseñado en el curso de la campaña y los que he podido asimilar en los libros que sobre la materia han caído en mis manos en el deseo de ser más útil a nuestra Causa.

Y hecho este a manera de preámbulo, pasamos a la tarea que nos imponemos, tratando en este primer artículo de las "Generalidades que son precisas para conseguir una buena unidad militar".

Un ejército bueno necesita ser ligero, ágil, flexible; en esta característica estriban sus mejores éxitos. La sorpresa, como todos sabéis, proporciona a cualquier unidad que inicie un combate el cincuenta por ciento de probabilidades de triunfo en la consecución del objetivo propuesto. Esta sólo puede conseguirse con unidades que posean en su totalidad las características que antes apuntamos: ligereza en sus movimientos, agilidad en el combate, flexibilidad para amenazar por un sitio y atacar por otro, para hacer repliegues que sirvan para tomar impulso en contraataques inesperados, etc.

Lo expuesto anteriormente podemos ver con facilidad que no es un grano de anís el conseguirlo; mas para nosotros que hemos sabido afrontar circunstancias realmente críticas y difíciles, saliendo triunfantes de ellas, no debemos considerarlo

como cosa imposible o que salga fuera del alcance de nuestras fuerzas, y si ponemos, como siempre lo hemos hecho, nuestra fuerza de voluntad en conseguirlo, podéis estar seguros que en poco tiempo habremos llegado a dotar a nuestras fuerzas en toda su extensión de aquellas condiciones.

La base principal para conseguir aquella movilidad o ligereza de que hablamos, es la existencia de una compenetración absoluta en todos los escalones que constituyen la unidad combativa, y no solamente en su interior, sino también exteriormente.

A esto sólo se llega cuando todos los jefes, desde el cabo de escuadra al comandante de la unidad superior, están impuestos de su obligación y misión en la preparación y en el desarrollo del combate, ganándose así el respeto y el aprecio de sus soldados.

Nosotros, en nuestra necesidad de crear jefes, hemos tenido forzosamente que preocuparnos primero de los de unidades superiores, y va siendo ya hora de que nos preocupemos "en serio" de los mandos intermedios e inferiores. El cabo y el sargento, a los cuales nosotros no hemos concedido toda la importancia que tienen dentro de nuestras unidades, son, aunque otra cosa pudiera parecer a alguien, los elementos indispensables para el buen desarrollo de una operación; y cuanto más importante sea ésta, mayor es la necesidad que de ellos tenemos. Un comandante de batallón podrá ser muy bueno y tener muchos conocimientos; pero él solo no puede dirigir y coordinar a todos sus hombres. Necesitará dividirlos en tantos grupos actuantes como la operación requiera, y en cada uno de ellos necesitará un buen capitán que sepa cumplir las órdenes que reciba.

Pero para el rápido y exacto cumplimiento de éstas es indispensable, ya que él no las podría hacer comprender a todos sus hombres dada la rapidez con que habría de ponerlas en práctica, que cuente con buenos colaboradores que dirijan pequeños grupos. Estos son, además de los oficiales, los cabos y sargentos.

Una buena y rápida compenetración entre los mandos superiores de una unidad y los mandos inferiores de la misma, dan a ésta una movilidad y eficacia en el combate que, unida al valor y coraje característico de nuestro Ejército, la hacen invulnerable e invencible en cuantas operaciones defensivas u ofensivas lleve a la práctica.

Pues bien; demostrada la gran utilidad que los mandos inferiores rinden en las unidades militares, todos debemos cooperar a situarlos en el puesto a que tienen derecho: los soldados, guardando con ellos las deferencias debidas y el respeto consiguiente, y los jefes, facilitando por todos los medios y ayudándoles para conseguir su máxima capacitación. Sin unos buenos cabos y sargentos, puede decirse que no existe unidad combativa.





MILICIAS DE LA CULTURA

POR LA CULTURA DEL SOLDADO

Precisamente en el período culminante de la guerra, cuando vivimos instantes trágicos por la sangre que derramamos en pro de nuestra libertad e independencia, instantes alegres también, por ser los principios de una nueva sociedad más equitativa y humana, no ilustrarse culturalmente significa ser partidario y continuador de los fundamentos en que se basaba la burguesía para someternos bajo su yugo. En los tiempos pasados, cuando los señores cerraban las escuelas a los hijos de los trabajadores, sin más argumentos ni más lógica que la de impedir que éstos aprendiesen a defenderse contra ellos, tenía explicación la ignorancia generalizada. Hoy, no. El maestro busca a los trabajadores hasta en las trincheras. Ayuda al pueblo en su liberación, manejando un arma tan eficaz como el fusil, y transforma al soldado de hoy en perfecto camarada del mañana, haciéndole ser consciente y culto, para que cuando deje el fusil pueda discernir libremente sobre sus ideas y colaborar con el esfuerzo de los demás, encauzando los destinos de España por el camino del bienestar y del progreso.

Hoy hay escuelas en todas las trincheras, en donde se dan clases de cultura general, todos aquellos conocimientos que de momento puedan necesitar los que componen el Ejército popular, entendiendo bien que estos conocimientos, ampliados, pueden servir de medio y de fin en vuestra digna misión revolucionaria.

¡Soldados! Tomad mi modesto consejo. Pensad que estando en guerra es fácil quedar mutilado físicamente. En este caso vuestra misión no debe terminar con el ingreso en el Cuerpo de Inválidos, sino que debéis estudiar y ampliar conocimientos en las Universidades y Escuelas especiales que el Gobierno ha puesto a vuestra disposición; hacedlo sin regatear sacrificios y labraréis vuestro porvenir y podréis prestar grandes servicios a la Patria y a la Humanidad.

¡Soldados! Nuestra lucha por una España libre y grande exige la capacitación intelectual de las clases trabajadoras. Nuestro Gobierno popular, que sabe la necesidad e importancia de la cultura, ha hecho un esfuerzo, admirado por el mundo entero, creando las Milicias de la Cultura. Todo aquel que no las utilice o no haga propaganda cultural, no es antifascista sincero; quiere que continúe aquella denigrante diferencia de clases y el abuso del hombre culto sobre el indefenso analfabeto.

Los burgueses usaban como arma de poder el analfabetismo para explotar y envilecer al obrero; nosotros utilizaremos el fusil y la cultura; con la primera aplastaremos al opresor, con la segunda administraremos nuestra victoria.

Cultura, símbolo de paz, justicia y civilización.

S. BALTÉS.

Miliciano de la Cultura del 139 batallón.

EL "PENSAROSO"

Alegria y optimismo reina por todas partes. Se acaba de ganar una posición al enemigo. Los soldados valientes, con la sonrisa en los labios y el contento en el corazón, comentan apasionados las incidencias de la lucha. Todos se encuentran satisfechos y esperanzados. Todos han demostrado su valor y heroísmo. Todos celebran su triunfo con voces y algarabías... Mas no; no son todos. Entre ellos está, con su eterna melancolía, al que con razón llaman el *Pensaroso*. El no ríe. El no habla. El no comenta nada. Se encuentra solo y en compañía de su inseparable tristeza. Es como una nota triste en medio del alegre concierto de sus compañeros. Es como una mancha oscura en medio de la irradiación de la luz solar. Es como un negro pesimismo en medio de un campo de ilusión y optimismo.

Nadie sabe el motivo de su tristeza. No tiene amigos ni confidentes. El *Pensaroso* se encuentra luchando desde el primer momento. Todos le admiran por su valor y arrojo. Todos le alaban por su heroísmo. Algunos le tienen por un temerario, por un desesperado que desea morir. En varias ocasiones, sus jefes le han querido contener ante un arrojado suicida, haciéndole ver lo innecesario de su exposición, ante su peligro cierto. Y él siempre contesta invariable: "¡Qué importa eso!"

He pasado por su lado, saludándole como a un ser misterioso y enigmático. Se ha acercado a mí con resolución de decirme algo. Una gran curiosidad me ha embargado; una emoción parecida al que va a descubrir un secreto trascendental.

Sin preámbulos de ninguna clase me entrega veinticinco pesetas "para que aprendan—según él—a leer los que no saben". Le agradezco en nombre de ellos el donativo, y antes de que pudiera decirle nada, deja escapar, como a borbotones, estas palabras: "¡Los que no saben leer! ¡Los malditos de la sociedad!" El es uno de ellos. Un desgraciado. Indigno de vivir. Indigno del respeto y trato con los hombres que saben. Merecedor tan sólo de la repulsa y la mofa de todos.

Y termina, anonadado, con esta frase que condensa todo el amargor de su alma: "Desde que me di cuenta de mi ignorancia deseo la muerte con todo mi corazón. ¡Quiero que me maten!"

¡Pobre *Pensaroso*! Sus palabras me llegan al fondo de mi sensibilidad. El es el fiel reflejo de la desilusión. La imagen viva del pesimismo. ¡Cuántos hay como tú! ¡Cuántos desconocen esa bella flor que se llama Esperanza y se alimenta de Estímulo!

Con todas mis fuerzas procuro animarle. Procuro ahuyentar de su alma las negras sombras que le envuelven. Con mil ejemplos y argumentos le hago ver que en poco tiempo y con mucho anhelo puede llegar a saber leer y escribir. Puede reparar la falta—que no es suya—de su incultura. Se lo aseguro y demuestro de tal forma, que ya no duda. Ya veo en sus ojos y en su rostro una expresión distinta. Parece como si una luz vivísima quisiera penetrar en su mente. Y él, dispuesto a dejarla entrar, exclama: "Sí; desde ahora iré al Rincón de la Cultura y aprenderé a leer y escribir. ¡Te lo prometo, camarada maestro!"

Y tendiéndome su mano el *Pensaroso* se aleja de mi lado, siendo ya otro, puesto que lleva en su corazón la flor de la Esperanza, la seguridad de un saber próximo.

JOSÉ ALVARO.

NADA... Y TODO

Es ingrata, verdaderamente, la labor de la enseñanza; y no sólo para el miliciano de la cultura, para el maestro, sino también algo desesperante para el alumno. Hasta el más voluntarioso y el que se ha apercibido de la suma importancia que encierra el saber, tiene, a veces, momentos de desaliento; quisiera ver en un día realizada la obra; le parece que no hace nada... nada.

No te desalientes, compañero; ni tus años, ni la rudeza que tú crees ver en tu entendimiento, te impedirán nunca que llegues, si es preciso, al más alto grado de la Sabiduría. El gran Alejandro Magno era rudo de entendimiento y llegó, a fuerza de constancia, a ser el pasmo, la admiración de su siglo, y su generación fué generación de sabios.

Voluntad, constancia; constancia, voluntad: ese es el secreto del éxito.

¿Qué es una gota de agua? Nada, y sin embargo, una gota y otra y otra... Las tres cuartas partes de la superficie del globo no son más que muchas gotas de agua.

Conceptúo el trabajo del hombre, la labor insignificante de un día, como algo que, mirado aisladamente, nada significa, y que, considerado en su conjunto, supera al hombre mismo.

Panamá, Suez, las Pirámides; bien poca cosa es el hombre al lado de estas obras colosales, y, sin embargo, es él quien, con su modesta labor diaria, cual otro Hércules, ha hendido las barreras graníticas que cerraban el paso de los dos grandes océanos: Atlántico y Pacífico; que abrió las puertas al Extremo Oriente; que levantó ese himno

grandioso de piedra, monumento a la inteligencia y al trabajo, que se llama Pirámides de Egipto, y que ha cambiado la fisonomía geográfica del Planeta; que ha arrancado a dos mares el secreto de un Nuevo Continente, sacándolo de las tinieblas de la ignorancia a la luz de las naciones civilizadas.

Bien poca cosa es el trabajo que un hombre realiza en una jornada; pero esta insignificante labor continua va elaborando las grandes cosas que nos maravillan.

"Hombre". No es ésta una palabra que encierre en su concepto una idea vaga, abstracta, sin sentido; un ente a quien nadie conoce; al decir "hombre" me refiero a ti, soldado, que estás leyendo estas mal hilvanadas líneas; a ti, miliciano, que vas a la escuela; tú eres capaz de realizar grandes obras; Panamá, Suez, las Pirámides no serían nada sin la modesta labor de una jornada.

Ven conmigo; todos los días se te administra un poquito de ciencia; es nada, casi nada: una gota de agua, y, sin embargo, es todo; un océano inmenso: el océano insondable del Saber. Todos los días labramos tú y yo un insignificante sillar. ¿Qué es un sillar ante la mole inmensa que hemos de construir?

Adiéstrate conmigo, siquiera sea con la imaginación; por los vastos recintos de este palacio no hay medidas que nos den en cifras su magnitud; su bóveda es alta, más que la más alta estrella; su suelo, más amplio que la verde alfombra que tropieza el Planeta; su alegría, mayor que la que

(Continúa en la página 6.)

Ayuntamiento de Madrid

Cómo piensa y opina nuestra unidad



«¡Guerra y cultura!»

Si alguien me preguntara por qué estoy en la guerra, sin vacilación ni duda de ninguna especie le contestaría rápidamente: "Estoy en la guerra por lograr una España libre y culta".

De lo primero que hubimos de preocuparnos en el memorable 18 de julio fué de empuñar las armas guerreras para vernos libres, primero, de nuestros esclavizadores nacionales, y después, de sus aliados internacionales.

Pasados los primeros meses de lucha, y cuando ésta se fué inclinando favorablemente a nuestro lado, hubo necesidad de pensar un poco en el porvenir y pensar cómo habíamos de reconstruir España a la par que la nueva sociedad por la cual luchamos, y de lo primero que nos dimos cuenta fué de que, para hacer más productiva y eficaz esta labor, no teníamos otro remedio que empuñar, con el mismo entusiasmo que las armas guerreras del 18 de julio, las armas de la cultura, ya que, una vez terminada la guerra, es con estas armas con las que podemos prestar mejor servicio a nuestra Patria.

Es francamente doloroso escuchar de labios de algunos camaradas "que ahora no aprenden porque lo único que les interesa es ganar la guerra". Si pensando lo último se dignifican, en cuanto a lo primero se envilecen, pues si podemos hacer la guerra empuñando ambas armas a la vez, es indudable que, desdiciendo una que tantos y tan variados beneficios puede reportarnos, no nos conducimos como españoles dignos, y menos, muchísimo menos, como revolucionarios conscientes.

Basta el empeño que han tenido de que perdurara nuestra ignorancia los enemigos de más allá de las alambradas para que nos diéramos cuenta de la importancia de ésta y pusiéramos doble empeño en ganarle también esta batalla.

Yo pregunto a estos camaradas: ¿acaso no habéis sentido envidia al veros frente a una persona inteligente? Yo, os soy sincero, sí que lo siento. ¡Si vierais los deseos que tengo de aprender!

Cuando cae en mis manos un periódico y veo cómo camaradas nuestros se dedican de lleno al estudio, mi mayor deseo sería verme entre ellos.

No comprendo, por tanto, el porqué de esa aversión que algunos camaradas tienen al estudio. Me atrevo a aseguraros que a poco que os interesara en ello sentiríais inevitablemente un gran deseo de superaros. Por bien vuestro primero y por bien de la colectividad después, os aconsejo una asistencia continuada a las escuelas; pensad con el orgullo que le diríamos al mundo que, además de hacer la guerra al enemigo, hemos terminado con el analfabetismo.

¡Cuánto diría esto a nuestro favor!

Para terminar, he de manifestaros que todo lo que el Ministerio de Instrucción pública hace por nosotros supone un gasto de bastantes miles de pesetas diarias; si tenemos en cuenta que una de las bases principales para ganar la guerra es la economía, es indudable que si de estos sacrificios no sacamos el fruto debido pesará sobre nosotros una enorme responsabilidad.

Al principio de la guerra gritamos "¡No pasarán!"

Después substituímos ese grito por el de "¡Pasaremos!"

Yo os invito para que de aquí en adelante, y mientras exterminamos a nuestros enemigos, unamos a esos gritos el de "¡Guerra y cultura!"

Entonces sí que precipitaríamos nuestra victoria.

PEDRO MONJE.

EMBOSCADOS

Muchas veces y en distintas ocasiones se escucha el murmullo del mil veces discutido tema sobre los emboscados.

A mi modo de ver, para poco o nada de esto debía de hablarse en nuestras trincheras, puesto que no hace otra cosa que una resta de moral a los que no andan muy sobrando de ella.

Por lo regular, quien o quienes en una conversación de esta índole hablan, si estudiamos un poco su psicología, nos daremos cuenta en seguida qué clase de "camarada" es, y hallaremos uno que no anda muy sobrando ni siquiera de su aseo personal.

El que mucho habla de los emboscados es (si verdaderamente habla con razón) un encubridor o un cobarde. Es encubridor porque no se decide a delatar al emboscado, y es un cobarde porque le falta valor para denunciarlo y si, en cambio, le sobra lengua y mal fondo para luego en las trincheras levantar una corriente que, aunque pequeña, en poco o en nada nos favorece.

Así, pues, no hagamos caso de mentideros. Hoy, precisamente mejor que nunca, tenemos un puñado de hombres que en la retaguardia están haciendo—con gran cierto—una limpieza que nosotros mismos somos los primeros que tenemos que aplaudir.

Otra de las cosas que hay que evitar en las trincheras son ciertas conversaciones que se sostienen con los compañeros reclutas.

Con estos compañeros tenemos que ser buenos camaradas; debemos ser buenos para con ellos, puesto que han venido a compartir con nosotros los sinsabores que nos da una guerra; pero si verdaderamente esto es cierto, no es menos cierto que para nosotros son en primer lugar muchos de ellos desconocidos y, por tanto, debemos reservarnos de declararles ciertos conocimientos que en el curso de la guerra hemos aprendido, puesto que solamente con uno—entre muchísimos—que no sea un fiel camarada estropea la victoria de una operación, dando, en cambio, al enemigo los datos suficientes para librarse de una derrota cierta.

Los cabos de escuadra tienen una misión. No todo se ha de reducir a tomar el suministro de su escuadra, sino a otros deberes, entre ellos el de estudiar a conciencia la clase de reclutas que le agregan en su escuadra, estudiar a fondo su manera de proceder y seguir de cerca todos sus pasos, y de esta manera habremos ganado mucho, ya que de un mal paso en la guerra lo que podría ser una victoria queda reducido a una calamidad de operación, cuando no en una derrota cierta.

Así, pues, si hablamos menos y nos sabemos colocar en el lugar que nos corresponde, habremos cumplido en parte la misión que tenemos encomendada dentro del mil veces glorioso Ejército del pueblo.

PASCUAL GARCÍA JIMÉNEZ.

El triunfo es nuestro

Recuerdo como en sueño aquellos primeros momentos de nuestra lucha, cuando todos los trabajadores, henchidos de entusiasmo, llenos sus pechos de odio hacia los iniciadores de la traición, partieron para los sitios de mayor peligro a ofender generosos sus vidas para cortar el paso a las hordas fascistas.

En sus pechos no había más ilusión que ganar la guerra, pero no teníamos más armas que las de la fantasía, ni más ejército que un puñado de hombres dispuestos a morir antes que ser arrollados por la bestia fascista.

El carácter de la guerra ha cambiado, y al cambiar su carácter, han cambiado hasta sus más pequeños pormenores; aquel puñado de hombres se ha ido transformando en un Ejército regular organizado.

En este Ejército se han operado tres etapas: la primera, en una inferioridad enorme ante el enemigo, por lo tanto, defensiva; la segunda, de sostén, y la tercera, en igualdad de condiciones.

En estas etapas nuestro Ejército ha tenido que pasar muchas derrotas y descabros. Hoy no podemos quejarnos de falta de material bélico; estamos en condiciones de dar las batallas más duras al enemigo; nuestro Ejército no puede retroceder ni un paso; por el contrario, tiene que avanzar muchos.

Camaradas, se nos acercan jornadas muy duras, quizá las más duras de nuestra guerra; es preciso que nuestro ánimo esté predispuesto a todo. No reparemos en hacer los sacrificios que estén a nuestro alcance; pensemos que en los frentes defendemos el bienestar nuestro, el de nuestras familias y, en general, la libertad del mundo entero, el cual espera con ansiedad el triunfo de nuestra lucha.

Nada más, camaradas; hagamos el último esfuerzo para terminar cuanto antes con los enemigos de la cultura y la civilización de los pueblos.

El triunfo nos pertenece y le tenemos seguro. Trabajemos todo lo que podamos por que sea cuanto antes el día que nuestra bandera, símbolo de libertad y redención, pueda extender orgullosa sus pliegues por todos los extremos de nuestra querida Patria.

Cada día más firmes, gritemos con todas las fuerzas de nuestros pulmones: "¡Pasaremos desde el primero hasta el último rincón de España! ¡Viva el Frente Popular!"

R. ACEBO.

Visado por la Censura

Disciplina + corazón = triunfo

Sin disciplina no hay triunfo posible ni en el frente ni en la retaguardia. Sin disciplina se resquebraja la unidad, y por esas grietas penetra la derrota. Y ésta significa para todos los amantes de la paz, el progreso, el trabajo y el pan, la muerte más espantosa bajo las pezuñas ponzoñosas del fascismo y sus servidores más o menos encubierto bajo caretas ultrarrevolucionarias. ¡Ojo con aquellos que, titulándose antifascistas, buscan la ruptura de la unidad con actos de indisciplina!

La disciplina es la cadena del triunfo. Y cada eslabón, fuertemente soldado con la compenetración, es una victoria sobre la barbarie que representa el fascismo, última etapa del capitalismo organizado.

¡Disciplina, disciplina de hierro para domar el muro de contención contra el que se estrelle la barbarie organizada que el fascismo representa!

Quien por incompreensión realice actos de indisciplina, debe ver claro y enterarse de que ayuda a las hordas alemanas, italianas y falangistas que pretenden aplastar nuestras libertades, conseguidas a costa de raudales de sangre trabajadora. Y quien conscientemente comete actos de indisciplina, que sólo tienden a ayudar a nuestros enemigos, que tenga presente que existe una justicia popular, una justicia de guerra, que más pronto o más tarde caerá sobre él de manera inexorable.

Todos, absolutamente todos, hemos de darnos cuenta de que la disciplina representa el triunfo, y el fracaso es la indisciplina. Quien es disciplinado está con el pueblo. Y quien indisciplinado, ayuda al enemigo de nuestro pueblo, al enemigo de la paz, al enemigo del progreso, al salvajismo asesino e incendiario de la guerra en la que se consume lo mejor de la clase trabajadora en beneficio de los grandes magnates de la industria internacional: al fascismo. Y quien ayuda, por indisciplinado, al enemigo, es un traidor al pueblo.

NADA... Y TODO

(Viene de la página 4.)

encierra una hermosa mañana de primavera. Es el templo de la Sabiduría. ¿Quién le puso límites? ¿Quién pudo alfombrar mejor el camino de la vida? ¿Quién pudo proporcionar una alegría más intensa, más legítima que la alegría del saber?

Pues bien; sin tu aportación diaria cuyo fruto no se nota por ahora; sin ese sillar, sin el primero, el insignificante, el que nadie ve, el que constituye los cimientos de esta vasta construcción, no tendríamos el último, en el que se ha de enclavar la bandera que ondeará triunfalmente.

Soldado que estás leyendo, miliciano estudioso: ahora que tienes en tus manos los instrumentos necesarios, no te desanimes; ayuda tú con tu deseo firme, con tu férrea voluntad, a nuestra gran obra; tu trabajo nos es imprescindible aunque a ti no te parezca; labra, labra los sillares uno tras otro; construyamos así el edificio en el cual has de vivir feliz; una lección no es nada; dos, tampoco; pero todas, todas han de constituir el conjunto, y ese conjunto es tu saber, y ese saber tu felicidad; y ésta, la felicidad de todos los legítimos españoles, que hacemos de nuestra España una patria grande, próspera, feliz... Muchas gotas de agua que forman el océano grande de la Sabiduría, donde se anegarán todos sus enemigos, que son también nuestros.

R. COVALEDA.

Miliciano de la Cultura.

Hita, septiembre 1937.

blo, que sólo merece ser fusilado por la espalda.

¡Disciplina en todos nuestros actos! ¡Moral de acero, inquebrantable, recia; moral y disciplina de pechos antifascistas!

Acatemos con disciplina al Gobierno del Frente Popular, al Gobierno del pueblo, en el que están representados todos los sectores que luchan, con las armas en la mano, por impedir que la barbarie aplaste nuestro hermoso Madrid y asesine a nuestros hijos y ultraje a nuestras madres y hermanas y compañeras, y, además, nos fusilen en masa. ¡Disciplina de hierro y a triunfar! Recordemos a Málaga, compañeros.

La indisciplina es la discordia; la discordia es la desunión; la desunión es la desbandada, y ésta significa la derrota y el hundimiento de todos nuestros sueños en un amplio mar de sangre y vejaciones.

Camaradas: recordad que el enemigo, disciplinado, avanzó sobre Madrid sin encontrar a su paso más que una débil resistencia, debido a la indisciplina que los traidores, introducidos en nuestras filas, sembraban a diario entre nuestros combatientes. El enemigo organizado, disciplinado y pertrechado de las mejores armas llegó a las puertas de Madrid; y aquí encontró una muralla infranqueable, porque comenzó a imponerse una disciplina más férrea. Y esta disciplina de nuestros combatientes ha costado a los ejércitos invasores cuarenta mil bajas a las mismas puertas de Madrid, de nuestro Madrid invencible y mil veces glorioso.

Gracias a la disciplina, nuestro glorioso Ejército popular consigue a diario triunfos que van jalonando la victoria definitiva.

Gracias a la disciplina, nuestras armas se imponen a las de los invasores, deshaciéndoles divisiones enteras y haciendo fracasar a los técnicos alemanes e italianos.

Gracias a la disciplina de nuestro Ejército, fracasa la estrategia alemana, poniendo en grave apuro el tinglado sangriento de la bestia parda que atiende por el nombre de Hitler.

Gracias a la disciplina de nuestros bravos soldados, Madrid será la tumba del fascismo, como dijo muy bien al principio de esta guerra el partido comunista.

Gracias a la disciplina, se rechaza al fascismo internacional a las puertas de Madrid, y esto hace reaccionar a las masas populares del mundo entero en favor de España, al mismo tiempo que las enseña a vencer al enemigo de la paz, el progreso y la cultura.

¡Camaradas, disciplina!

FELIPE MARTÍN.

Con mandos capacitados acortaremos la fecha de la victoria

Camaradas de la 35 Brigada: Al escribir este pequeño artículo es para ayudar a la revista que acaba de aparecer, la cual necesita colaboradores para su buena marcha, y en la que todos tenemos el deber de cooperar enviándole pequeños temas, cosa que sirve para transmitir nuestros pensamientos y nuestros deseos.

Todos vosotros sabéis la ignorancia y el analfabetismo que había en España antes de la guerra y el trabajo que ha habido que hacer para que se quitasen esas manchas que nos dejó el catolicismo. Hoy ya podemos decir que hay un Ejército en el cual no existe ningún analfabeto, porque durante año y medio de lucha hemos puesto los soldados y clases nuestro esfuerzo y nuestras ansias en adquirir una capacitación

que nos elevara culturalmente al nivel de los primeros pueblos del mundo.

Hoy vemos el afán de aprender de nuestro Ejército y de toda la juventud, porque han comprendido que lo necesitan para ganar la guerra y hacer una nueva vida; pero hay camaradas que aún no se han dado cuenta de esta necesidad, y a éstos me dirijo, para que comprendan que todos, pero principalmente los mandos de nuestro Ejército, se tienen que capacitar.

Vosotros sabéis que muchos jefes de División y Brigada, que eran simples obreros y que hoy son unos grandes jefes de nuestro Ejército, no habían tenido ninguna enseñanza de Universidad, nada más que la experiencia que adquirieron en los primeros meses de lucha, que era una lucha sin armas, sin terreno preparado, sin un Ejército formado, con lo que pudimos ver que hombres con intuición solamente y valor derrotaban a enemigos muy superiores a nosotros; y esos hombres, que comprendieron la responsabilidad que tenían al mandar 800 ó 500 compañeros y que aquella guerra de guerrilleros se extinguía para pasar a una guerra técnica, se capacitaron para no llevar a su tropa a un descalabro. Tuvimos que formar un Ejército, tuvimos que hacer comprender a los mandos que se tenían que capacitar para ser estrategas en el oficio militar; pero esta consigna algunos no la han escuchado, algunos camaradas dicen que son demasiado viejos para estudiar y que el día que la guerra se acabe volverán a sus oficios. Estos camaradas no se dan cuenta que al proceder de esta manera no dan el rendimiento máximo que deben de dar como verdaderos proletarios.

Camaradas, imitemos a nuestros jefes, casi todos con amplios conocimientos, y luchemos para hacer una España intelectual, para que el día que se acabe la guerra tengamos hombres que con su sabiduría y sus esfuerzos hagan resurgir una España rica y feliz de trabajadores. ¡Salud!

BASILIO LAGO.

De frente, esperando la ofensiva

Las últimas operaciones desarrolladas por el Ejército popular en los frentes de Aragón y del Sur auguran y ponen de relieve la llegada de la última fase por que ha de pasar todo ejército que triunfa: la ofensiva.

Hasta hace muy poco tiempo, sólo nuestro Ejército era capaz de defenderse y contraatacar. Pero hay hechos en el último período de una importancia fundamental, que nos demuestra que nuestro Ejército se ha capacitado políticamente a través de la guerra, y ha hecho que todos los mandos, que eran salidos del pueblo y que habían demostrado en muchas ocasiones su conciencia revolucionaria, adquirieran una técnica y una capacitación para que se pudieran hacer extensivas a los soldados; y, de esta manera, todos, suficientemente capacitados, iniciar la ofensiva que ha de dar la victoria al pueblo español, hoy día víctima del criminal fascismo invasor.

ANGEL BAS,
Delegado político. Compañía de Ametralladoras.

Resultado del problema de aritmética del número anterior

Si en tres días gasta la Brigada 16.875 pesetas, en un día gastará 5.625. Y como gasta 2,25 pesetas diarias por persona, el número de soldados que tiene la Brigada será:

$$\frac{5.625}{2,25} = 2.500 \text{ soldados.}$$

LA SANIDAD EN EL EJERCITO

La Sanidad Militar, como los demás componentes del Ejército popular, ha pasado por un período de desorganización en los primeros momentos, logrando vencer las dificultades con que tropezaba por medio de una gran tenacidad en la aplicación de las enseñanzas que la experiencia nos dió en el curso de los acontecimientos.

La guerra, ante las insospechadas proporciones que ha tomado—por la ayuda que han recibido los facciosos de unos países europeos y la conducta de otros alejándose de nosotros—, obligó a que nuestro esfuerzo se perfilara hacia la consecución de un ajuste de actividades para aunar en un bloque todos los resortes que forman el contenido de ella. Y en esta guerra de independencia, por tener su origen en una guerra civil de gran sentido político y de hondo contenido social, más que en otras guerras, corresponde a la Sanidad una parte importante del triunfo o del fracaso. ¿Por qué?

Nosotros, los antifascistas, necesitamos hacer un ahorro de hombres—que es el contenido de la Sanidad—por dos motivos esenciales: primero, porque todos serán necesarios para, cuando termine la lucha, hacer la reconstrucción de España; y segundo, porque el compañero, el camarada que cae en las trincheras no tiene sustitución. No es fácil sustituir la vida de los que por ser mejores luchadores y tener una personalidad revolucionaria íntegra caen en el frente de batalla. Su lugar de combatientes y de revolucionarios no tendrá las mismas garantías cuando esté ocupado por un turista de las costas de Levante.

Esta es, en breves palabras, la significación de la Sanidad: recuperar al soldado, auxiliar al caído, atender a los abandonados en la lucha, sostener la moral del combatiente, porque éste sabe que si una bala le hiere hay unos hombres que le prestarán toda su atención, apartándole a los lugares donde se halle su vida asegurada y su espíritu sereno... En síntesis, recoger el dolor de la guerra.

Y, ahora, una breve digresión, camaradas: Los puestos de Sanidad tienen que ser ocupados por soldados, como lo son los

de Intendencia, Artillería, Transmisiones, etcétera; y esos soldados, cuando cumplen con su deber, tienen los mismos respetos y derechos que los de las demás Armas: ni más ni menos. Sin embargo, algunos dejan entrever cierto desprecio y hasta palabras irónicas que dicen muy poco en favor de su acendrado antifascismo; porque yo le preguntaría: ¿La Sanidad es útil y necesaria en la guerra? ¿Sí? Pues alguien tiene que desempeñar sus cargos y ejercerla.

Unamos todas las armas que componen



Un alto en la "tarea" de nuestros bravos combatientes.

el Ejército del pueblo con el mismo vínculo que están abrazados nuestros ideales: con el de la necesidad de salvar a nuestra España, que está en peligro.

RAFAEL MOLINA,
Sargento de Sanidad.

SOLDADO:
Cada vaina que reco-
jas son unos céntimos
que ahorras.

Un año de lucha

Camaradas que lucháis desde hace más de un año; vosotros que de cerca venís observando las oscilaciones que hemos tenido y los cambios que se han operado en nuestra organización militar, ¿qué enseñanzas sacáis de la lucha? ¿Qué perspectivas os ofrece el porvenir? Yo os voy a decir brevemente lo que en mi corto conocimiento se ha quedado grabado desde el día que empuñé el fusil:

Comenzamos la lucha llevando como única arma pechos y corazones de acero.

La incompreensión de unos cuantos "señores"—según ellos representantes de la paz—nos condenaron a hacer frente al maldito fascismo internacional. Si desde entonces a hoy, desde que todo les era favorable y por todas partes nos acechaba el enemigo—unos declarados y otros encubiertos, que se decían amigos y son los que en general más daño nos han hecho—; si desde entonces, repito, no han triunfado como esperaban después de poner en juego todo el material de destrucción y muerte de que son portadores, ¿a qué esperan ya? ¿No se dan cuenta de que hoy no es diciembre? ¡Desde este mes tienen la guerra perdida!

Entonces no teníamos nada, absolutamente nada; sólo los superábamos en una cosa que era moral; moral, que es fe; fe, que es ideal; ideal, que es victoria, y cuando entonces, que no contábamos más que con esto no vencieron, hoy que a ello le podemos añadir un Ejército fuertemente armado y lleno de disciplina para poder hacer frente, ¿a qué esperan? ¿No están dos veces vencidos, una por la fuerza de la razón y otra por la fuerza de las armas?

La lucha sigue empeñada; la duración no la puedo prever; el final no puede ser otro que la victoria del gran pueblo español, que ofrece al mundo entero las mieles de su triunfo, aunque algunos países egoístas no nos hayan querido comprender.

TOMÁS SAINZ.

PURIFIQUEMOS EL PASADO

Camaradas de la 2.ª compañía y todo aquel que lo leyere: salud.

Con harta frecuencia—por cierto bien lamentable—se vienen dando casos de compañeros que por olvido, o por perderse objetos de su uso particular, no hay forma de que dichos objetos aparezcan. Si preguntan, como si no, la contestación siempre suele ser la misma: que nadie lo ha encontrado.

Y esto, camaradas, no debe existir entre nosotros.

Hace tiempo que los que combatimos en el Ejército popular, con alto sentido marxista o anarquista, hemos desechado las costumbres y taras de nuestros seculares enemigos.

No podemos seguir los métodos que se seguían en el Ejército anterior, de tan tristes recuerdos para todos.

Una de las muchas lacras que existían era que cualquier soldado, dándose las de listo, para no aparecer como un granuja, hurtaba cualquier prenda de su uso particular a otro soldado. Si esta prenda era una manta u otra cosa de abrigo, no le quedaba más remedio, si tenía conciencia, el pasar frío, y si no, robársela a otro.

Nuestro Ejército se tiene que diferenciar en todo del antiguo. Desde el más alto al más bajo, debemos de ser rivales nobles y sinceros en demostrar nuestra moral en todo momento.

Que cuando nos encontremos algún objeto que no sea nuestro, lo entreguemos al responsable o capitán de la compañía; así nos haremos dignos de todos los camaradas de ésta y del Ejército del pueblo.

ANGEL MENDOZA.

Combatientes

de la 35 Brigada: Cuando busquéis vuestro artículo en el periódico y no le veáis es porque la falta de espacio ha impedido insertarlo, y se imprimirá en números sucesivos.

Los que por alguna razón no se publiquen enviaremos al autor, por escrito, las causas.

Esperamos colaboración de los Batallones y Cuerpos Auxiliares que componen nuestra Unidad, felicitando a todos los que han aportado hasta aquí sus trabajos periodísticos, por la alteza de miras y el entusiasmo que vibra en ellos, síntomas que transparentan el rápido y feliz desenlace de la lucha que sostenemos por nuestra independencia.

La Redacción.

NI PACTOS NI FRATERNIZACIONES

No puede haber tregua, no puede, bajo ningún concepto, existir amistad de ninguna clase entre dos enemigos irreconciliables que aspiran mutuamente a destruirse. Tal es el caso en la lucha que tenemos contra el fascismo. Este defiende una concepción política; nosotros, otra, totalmente opuesta a la suya; él defiende determinadas formas económicas, con las cuales el trabajador se ve privado de lo más elemental para vivir; nosotros defendemos otras en las cuales la propiedad no será monopolio privado de unos cuantos; él, para lograr sus fines, entrega trozos de España a sus aliados; nosotros la defendemos. Ellos son una clase; nosotros, otra... Nosotros nos movemos por un ideal progresivo; ellos obedecen a sordidos intereses y mueven a sus hombres como si fueran autómatas. Ellos son el pasado; nosotros, el futuro.

Nada hay de común entre el fascismo y el antifascismo; nada de común entre el que toda la vida vivió sin trabajar y explotando, y el que vivió largos años trabajando y explotado. Nada de común entre el que defiende su Patria y la rescata, y el que la entrega y envilece. Ninguna amistad puede existir entre los que declararon una guerra y los que se ven obligados a hacerla.

Cuando se ventilan ideales tan grandes como los nuestros y cuando nos defendemos de odios tan fuertes como los suyos, entre alambrada y alambrada "en el terreno de nadie", no existe más que odio, imprecaciones, gritos de dolor y de rabia, sangre, muerte, guerra...; no queda espacio, no puede quedar sitio para un abrazo o una frase cariñosa; o con ellos o en contra de ellos, con nosotros o contra nosotros; tal es nuestro destino, del que si verdaderamente tenemos el ideal arraigado en nuestro ser, no nos podemos sustraer sin perjuicio de hacer una mala acción y, lo que es peor, si lo juzgamos por las consecuencias que pueda tener, una traición.

Hagamos la guerra hasta la destrucción completa del adversario, sin contemplaciones sin ridículos idealismos ni sentimentalismos suicidas. El tiempo y los hechos han corrido bastante para demostrarnos que, obligados o no, a sabiendas o engañados, todos los que enfilan sus armas hacia nosotros son enemigos nuestros, y al enemigo, si queremos plasmar en realidad nuestro ideal, tenemos que destruirlo.

En la mente de todos debe existir perenne este pensamiento: ya no puede haber engaños.

E. VALLE.

AUTOVIGILANCIA

Harto sabido es cómo el fascismo emplea los más diversos métodos de espionaje y provocación dentro de nuestra propia organización militar. No hace muchos días que el descubrimiento de una nueva edición de la *quinta columna*—verdadera columna de operaciones—, ha puesto de manifiesto el cáncer que aún corroe nuestra retaguardia.

El fascismo español, al servicio de sus amos Hitler y Mussolini, tiene todavía dentro de nosotros mismos agentes que actúan a su antojo valiéndose de las mismas armas que la revolución puso en sus manos. Muchos son los que al producirse el movimiento fascista, fascistas por su posición y fascistas por condición, ante la disyuntiva de pagar con su poco valiosa vida los crímenes que cometieron o cooperaron a cometer, o exponer la vida en un frente de guerra teniendo un fusil para defenderse, donde se les podría presentar ocasión propicia para reunirse con los traidores, optaron por esto último, y fueron muy valientes y aparentemente ofrendaron su vida por la República. ¿Qué remedio les quedaba? Otros, por el contrario, se escudaron tras el carnet de una organización antifascista, carnet que consiguieron en aquellos primeros meses de desbarajuste en los partidos y Sindicatos, y hoy los tenemos campando por sus respetos, tanto en el frente como en la retaguardia.

En las compañías, en la sección, en el pelotón o en la escuadra, pronto conocemos cuáles son los elementos que, conscientes o inconscientes, hacen el juego al fascismo. Estos son los que, encubriéndose en un aparente amor a nuestra causa, resquebrajan la disciplina, protestan por cualquier cosa fútil e inician siempre comentarios desmoralizadores. Son los que en momentos difíciles de la lucha siembran el desconcierto en nuestras filas diciendo que "Esto es una emboscada", "Estamos copados", etc., sin ser ello cierto.

Son los que desprestigian ante los soldados a los jefes salidos del pueblo; son los que sistemáticamente por donde pasan

procuran sembrar el descontento contra las fuerzas populares, cometiendo actos de hostilidad contra los campesinos de los pueblos, destruyendo o robando incluso, mofándose de ellos por su incultura y despreciándolos...

Pero en nuestras manos tenemos los medios más seguros para evitar que, como consecuencia de nuestra poca preocupación por estos individuos, ocurran casos como el descubierto en Madrid.

Hasta ahora hemos puesto muchos reparos en interesarnos por la vida y milagros de muchos de los que nos rodean. Sólo nos hemos preocupado de luchar sin mirar a nuestro alrededor. Pero teniendo en cuenta lo que exponíamos al principio, es necesario e imprescindible plantear ante nosotros mismos la obligación que todos tenemos de vigilar la actividad de cada uno de estos individuos. Hemos pecado, como en muchas cosas, de románticos o de exceso de sentimentalismo, al actuar contra estos enemigos emboscados en nuestras filas y que tan graves daños pueden producirnos.

La autovigilancia se impone. No debemos aguardar a que la Policía venga a descubrir en nuestras filas a los traidores que pueda haber. Debemos ser nosotros los que en una labor investigadora, de emulación, descubramos a los espías o provocadores fantasmas, dondequiera que se manifiesten.

J. RAMÓN MANUEL.

NOTA

Próximamente se estrenará en Madrid, por la Compañía de Arte y Propaganda, en el teatro de la Zarzuela, una obra del famoso autor de *Los marineros de Cronstadt*, Vsevolod Vichnevsky.

Es la historia de un destacamento de marineros soviéticos durante la guerra civil. La situación de la obra tiene un parecido con la nuestra.

Uno de los personajes dice: "Camarada, no arrugues la frente. Tienes gesto de recordarnos que no estamos en el Comisariado de Guerra sino en un teatro. ¿Pero crees tú que en la hora presente el Comisariado y el teatro no persiguen el mismo fin? ¿Lo crees? Pues a empezar."

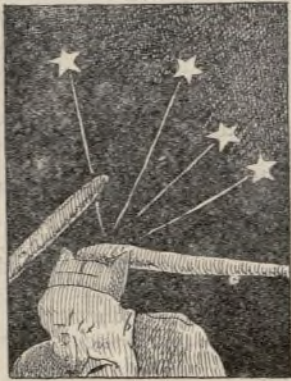
El título de la obra es *La tragedia optimista*.

La LIBERTAD es la más sublime conquista de las civilizaciones. Por ella luchamos.

NO IMITES LAS MUCHAS FALTAS QUE TIENE AGAPITO FLAUTA



En este trance apurado cuatro bultos le han cercado.



Y en aquella obscuridad buena paliza le dan.



Dichos bultos a empujones lo llevan a sus posiciones.



Allí se asombra el prisionero al ver que son sus compañeros.



Más como es grande su falta al calabozo va el Flauta.

RIVADENEYRA.—MADRID